



GAVILLA DE CUENTOS
DE UNA DE LAS
VOCES MÁS
RECONOCIDAS
DE LA NUEVA
NARRATIVA
EUROPEA

EL OTRO LADO

EN JARDINES AJENOS

PETER STAMM

TRAD. DE MARÍA ESPERANZA ROMERO
ACANTILLADO, BARCELONA, 2006
152 PÁGINAS, 13 EUROS

MIGUEL SÁNCHEZ-OSTIZ

En jardines ajenos es una colección de relatos del escritor suizo Peter Stamm (Winterthur, 1963), cuya obra está traducida a más de veinte lenguas, asunto este que, al menos dentro de nuestras fronteras actuales, avalla, sin discusión posible, el éxito de obras mediocres cuya miga oscila entre *Bambi* y *Rebelión en la granja*, que, afortunadamente, no es su caso.

Se trata de once relatos desiguales, cuya desigualdad radica más que nada en que mientras hay alguno de éstos que la *manera* del gremio llama «redondos», aunque sean lineales, algún otro se acerca a lo embrionario y en consecuencia a lo enigmático y al fuste escaso, tanto que dan ganas de decir: «Bien, bien, hasta aquí va bien, ¿y ahora cómo sigue? ¿Ah, que no sigue...? Pues entonces, excúseme que le deje, vaya, pero es que estoy muy ocupado». En todo caso, hay que pensárselo dos veces antes de afirmar el rotundo «que nada dice». Además, está visto que gusta, y si gusta al público, no puede ser malo, porque de lo que se trata es de que el público disfrute.

Lo que no pude negarse es que Peter Stamm, «reconocido como una de las voces más importantes de la nueva narrativa europea» (lo que sería motivo sobrado para empujar al lector a atrincherarse de cabeza y para siempre en «la vieja narrativa europea»), tiene un talento especial para escudriñar lo cotidiano en pos de esa «otra cara» de las cosas, que suele ser la única que tienen, la chungu, y dar con lo insólito, lo enfermizo, lo inacabado y embrionario, lo que acecha para hacernos daño a nada que nos dejemos y sin nuestro permiso.

BAJO UN SOL INCLEMENTE. Un ejemplo sería el relato titulado «La parada», en el que tres amigos, o lo que en realidad sean, porque eso no lo sabe el lector, y probablemente tampoco el narrador, esperan en una estación de algún lado, pero bajo un sol inclemente, un tren que no acaba de llegar, cuando de pronto aparece uno, blanco, con una cruz roja pintada en sus vagones vetustos, repleto de enfermos que van a Lourdes. Los silenciosos y exangües viajeros se asoman, los que pueden, al andén, al tiempo que del tren bajan un cadáver y, especula el narrador, tal vez miran el sujetador de la mujer que, en chores, espera junto con sus compañeros de viaje ese tren que no llega. Muy mágico.

Otro ejemplo de ese escudriñar lo que las situaciones más convencio-

nales ocultan es el tan inquietante como improbable «Deep Furrows», donde se aspira, bien es cierto que de manera tenue y elegante por tanto, el perfume Paul Auster, que es el que se lleva, y mucho, la última temporada.

Entre los más logrados está «La pared en llamas», donde Peter Stamm se acerca al mundo de las atracciones de feria, al de los motoristas de riesgo (*stunts*), y consigue un estupendo, emotivo y hondo relato, tanto por la traza esquemática a la fuerza de los personajes como por la situación poco convencional en apariencia, sobre la desdicha y la soledad, con el que demuestra que es un escritor con vista, con oído y hasta con olfato, y con muy buena prosa, al menos en su traducción a la lengua castellana, que podría haber escrito, sin lugar a dudas, sobre algunos de estos relatos una novela memorable (o un guión cinematográfico, y pienso en el olvidado Delvaux y en el fallecido Krzysztof Kieslowski). Como por ejemplo con ese turbador «Como una niña, como un ángel», sobre la verdad de nuestras relacio-

**PETER STAMM DEMUESTRA
POSEER UN MUNDO LITERARIO
PROPIO Y ATRACTIVO, INQUIE-
TANTE, ARRIESGADO TAMBIÉN,
Y EL TALENTO NECESARIO PARA
EXPANDIRLO**

nes humanas, sin contemplaciones y sin lirismos de pacotilla, que deja al lector con las ganas, preguntándose por lo que puede suceder en ese más allá irremediable de silencio narrativo donde el relato de Peter Stamm se detiene.

Es decir, que sea cual sea el alcance de estos relatos, lo que con ellos demuestra Peter Stamm es poseer un mundo literario propio y atractivo, inquietante, arriesgado también, y el talento necesario para expandirlo, aunque todo esto no se encuentre de manera plena en estos relatos en concreto, que funcionan como una muestra de las labores de la casa.

Pero sería un error pensar que *En jardines ajenos* es una gavilla de relatos, reunidos por los pelos y sólo por los pelos, o por las pelus, de factura tan americanoide como de romo taller de escritura donde, sobre todo, se enseñan, previo pago, los rudimentos técnicos necesarios para ocultar la ausencia de talento.

Esto es otra cosa, y tal vez por eso mismo el lector se arriesgue a buscar sus otros títulos ya publicados en castellano, *Agnes*, *Lluvia de hielo* y *Paisaje aproximado*, con la certeza de que no va a ser difícil dejarse arrastrar al bosque del misterio imaginado sobre los claroscuros de nuestras extravagancias. ■